

«¿Qué significa para ti ser preferido?»

«CREAR HUELLAS EN LA HISTORIA DEL MUNDO»

6. La permanencia del acontecimiento en la historia (el templo en el tiempo)

de Luigi Giussani*

1. LA LEY QUE GENERA Y RIGE LA DINÁMICA DE LA «COMPAÑÍA»: LA ELECCIÓN

La dilatación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia —el extenderse de esta unidad misteriosa—, es la culminación y el sentido de la creación que el Espíritu de Cristo construye afectando como el viento a la realidad mundana, el tiempo y el espacio, y transformándolos continuamente. El advenimiento de este organismo que Dios ha suscitado para que sea dentro del mundo el punto de reclamo y la meta, el punto de partida y el resultado de todo, tiene una ley generadora que es también la de su desarrollo. El reino de Cristo es como un gran organismo, cuya ley creadora y de crecimiento, hasta alcanzar su destino, su finalidad última, que es la gloria total de Cristo,¹ es la ley de la elección. Para que Cristo sea «todo en todos»,² para que la gloria de Cristo aparezca como la forma y el contenido de todas las cosas —«Todo consiste en Él»³—, hay una elección, una llamada que lleva a cabo Dios, el Misterio, el Verbo del Padre. [...]

Cristo, el Enviado

La gran llamada, la gran opción, la gran elección que Dios ha llevado a cabo para cumplir su designio en el mundo es la llamada de Cristo, aquel Hombre que decía: «Yo hago siempre lo que veo hacer a mi Padre. El Hijo no puede hacer por su cuenta nada que no vea hacer al Padre».⁴ Esta elección misteriosa y eterna de Cristo es la llamada grande que lo recoge todo y lo explica todo: el mundo, la vida de todos y de cada uno, la historia de los pueblos y sus grandes migraciones, cuya meta, según san Pablo, es la búsqueda de Dios, del designio que Dios tiene sobre su existencia y sus movimientos.⁵ La elección de Jesucristo coincide con su misión de hacer visible el plan misterioso del Padre acerca de todas las cosas. «Para esto he sido *enviado*».⁶ Si un hombre cualquiera que hubiera vivido en los tiempos de Cristo, tras conocerle, le hubiera dirigido la pregunta: «Pero, ¿tú quién eres? ¿Cuál es tu nombre?», Jesús habría podido responder: «Yo soy el enviado del Padre» (*missus*, el enviado).⁷ Enviado por Otro: esta expresión encierra el misterio respecto a su Origen y a su Fin, encierra todo el misterio de Su »

¹ Cfr. 1 Cor 15,28.

² Col 3,11.

³ Col 1,17.

⁴ Cfr. Jn 5,19-21.30.

⁵ Cfr. Hch 17,22ss.

⁶ Cfr. Jn 5,36; 6,57; 7,29; 8,42; 10,36; 11,42; 17,3-25; 20,21.

⁷ Cfr. Hb 3ss.

* Del libro L. Giussani - S. Alberto - J. Prades,

Crear huellas en la historia del mundo,

Encuentro, Madrid 2019, pp. 63-64, 65-66, 72, 74-75.

» persona, que, en cuando puede conocerse experimentalmente y constatarse existencialmente, está vinculada exactamente al significado de esa palabra: «enviado». Si leemos los capítulos quinto a octavo del evangelio de Juan, y además los capítulos finales, desde el decimotercero al decimosexto, veremos que la palabra más repetida que usa Cristo para referirse a sí mismo es «enviado». Juan habla insistentemente de esta respuesta que da Cristo: Yo soy «el enviado del Padre»,⁸ la presencia entre los hombres del Misterio que hace todas las cosas, al que todos los hombres están sometidos. [...]

El Cuerpo de Cristo que se acrecienta en el tiempo y en el espacio: la Iglesia

[...] Jesucristo no es una presencia aislada en la lejanía de la historia, de tal modo que pueda aparecer como fruto de la imaginación. Él fue una Presencia diez años después de Su muerte, lo siguió siendo mil años después de Su muerte, y lo es dos mil años después hasta llegar a hoy mismo, por medio de esta humanidad distinta de los santos, que constituyen una presencia humana impensable.

Hombres llamados

[...] Los apóstoles y sus sucesores entran con Cristo en el flujo de su Espíritu y participan de la misma misión de Jesús. Introducir a la humanidad en una relación definitiva con el misterio de Dios es su función fundamental: es la tarea para la que fueron elegidos. Y, junto con los obispos y sacerdotes, todos los cristianos están llamados a formar parte de esta elección y a asumir la responsabilidad de cumplir esta función.⁹

«Llamó a los que quiso», «toda carne que el Padre confía a sus manos», «que Él quiso»: este es el fundamento ontológico, el factor constituyente de la tarea en el mundo que significa la vocación cristiana. Por encima de todo y ante todo está la elección que Cristo hace de nosotros: designación, elección. Para la presunción del hombre y para la ideología corriente no hay nada más irracional y antidemocrático que esta palabra: elección, ser elegidos. Pero sin esta palabra no habría nada.

No había más que la nada, todo era nada, pero, más concretamente, tú y yo éramos nada: la palabra «elección» marca el límite, el umbral, entre la nada y el ser. El ser brota de la nada por designio, por elección: no existe otra condición que pueda proponerse, no se puede pensar una premisa distinta de esta. La designación y la elección son pura libertad del Misterio de Dios en acto, la libertad absoluta del Misterio expresándose.

El Misterio de Dios, que expresa su libertad al elegir, al designar o al optar, vibra, puede y debe vibrar con temor y temblor, con humildad absoluta, dentro de las preferencias humanas, porque la preferencia humana es una sombra de la elección que ejerce la libertad de Dios. Pero la elección que lleva a cabo la libertad de Dios, que escoge a uno oculto como una pequeña flor invisible en el seno de María, es para todo el mundo. Por eso existe en el hombre el reflejo humilde, lleno de temor y temblor, de la preferencia: únicamente por amor al mundo, por el beneficio que aporta al mundo, por pasión hacia el mundo. Y es admirable esta paradoja suprema de una preferencia que se escoge y elige para abrazar al mundo, para arrastrar consigo a todo el mundo.

La elección y la designación coinciden, pues, a través de la preferencia, con un amor que se fija en cada realidad viviente, en cada hombre que vive, en toda carne. «Le dio poder sobre toda carne»:¹⁰ al hombre que elige y designa, Cristo le hace partícipe de su poder sobre toda carne.

⁸ Cfr. Jn 8,25ss.

⁹ Cfr. L. Giussani, *Il senso di Dio e l'uomo moderno*, BUR, Milán 1994, pp. 65-66 (ver trad. cast. de esta cita en *El sentido religioso*, Colección de Bolsillo 12, Encuentro, Madrid 1981, pp. 86-87).

¹⁰ Cfr. Jn 17,2.